

MARROQUÍN RICAURTE, JOSÉ MANUEL (1827-1908)

POESÍA

AL SR. JOAQUÍN PABLO POSADA.

Mas vale tarde que...diablo!
Quede la sentencia trunca,
Porque ese maldito nunca
Es inrimable vocablo.

Ya creo ver, Joaquín Pablo,
Que la risa se te asoma
Con el inrimable: “¡Toma!
Dirás, si es en disparate !“
Mas ¿no le es lícito a un vate
Enriquecer el idioma?

Sí, responde Horacio Flaco,
Licuit, semperque licebit,
En la oda In cithara flevit....
Que escribió en loor de Baco.

Y por si no echaste en saco
Roto la cita que viste
Arriba, y ánimo hiciste
De ir luego la oda a buscar,
Te advierto que mi ejemplar

Es el único que existe.
Sin duda que ya supones
Por qué puse aquel refrán,
Que dio ocasión para tan

Fastidiosas digresiones.
Espero que me perdones
Lo muy mal que me he portado,
No habiéndote contestado
Tu carta oportunamente,
Y por cierto que al presente
Lo hago muy avergonzado.

Mas, diré que, sin embargo,
De que confieso mi culpa,
Tengo muy buena disculpa
Para un silencio tan largo.

Yo me decía (hazte cargo
De situación tan penosa)
Que contestarte a ti en prosa
Era, Joaquín, cosa fuerte,
Y también que responderte
En verso era fuerte cosa.

Una regla de Nebrija,
Tocante a toda respuesta
Me da a entender que para esta
Es fuerza que el verso elija.

Mas, cuando yo le dirija
Mis décimas a Posada,
Él con una carcajada
Dirá: “Décimas e mí!
Y si lo dijere así
Será con razón sobrada.

Escribirle (yo decía
Así para mi colete)
A ese hombre un solo cuarteto
Es inaudita osadía.
Casi lo mismo sería
Dedicarle a Galileo
Un opúsculo en hebreo
Sobre la gravitación,
U otro en inglés a Newton,
O en egipcio a Tolomeo.

Y cuando en hebreo he dicho
En la estrofa que precede,
Lo he dicho, Joaquín, adrede
Y no por mero capricho.
Siendo el sabio susodicho
Galileo, y Galilea
Una parte de Judea,
Donde se hablaba el hebreo,
No pudo hablar Galileo
Otra lengua que la hebrea.

Pues bien, Joaquín, te decía
Que yo decía entre mí,
Que escribirte en verso e ti
Era inaudita osadía.

Mas, fuera descortesía
El dejar de responderte,
Y además no hay otra suerte
De escritos que en verso o prosa,
Y tú en una y otra cosa
Eres igualmente fuerte.

Conque así, si te escribiera
En prosa, procedería
Con no menor osadía
Que de aquella otra manera.

Mas, según ya dije, fuera
El callar poco, cortés;
Y así prefiero me des
El título de atrevido
Mil veces, a ser tenido
Por ingrato y descortés.
Ni ha sido tan solamente
El temor de que te he hablado
Lo que darte me ha estorbado
Respuesta oportunamente.

Te confieso francamente
Que una décima como esta,
Muy raras veces me cuesta.
Menos de dos trasnochadas.
Hasta ahora, mal contadas,
Veinte cuesta esta respuesta.

Al fondo de la cuestión
Es ya justo que pasemos:
Once décimas tenemos
En sola la introducción.
Once décimas, que son
Quebrado impropio, y pluguiera
Al cielo que no tuviera
Mi carta otra impropiedad,
Pues en este a la verdad
Incurriría cualquiera.

Con tu carta recibí
Los que ahora llamaré

“Versos” a secas, ya que
Quieres llamarlos así,
Tu buen gusto conocí
Citando supe los hacías
Publicar, y que elegías
Un título tan modesto.
¡Qué bien se conoce en esto
¡Que de veras son poesías!
Tú procediste al revés
De muchos vates ramplones,
Que hacen coplas a montones,
Mas sin cabeza ni pies,
Y que publican después

Su sarta de desatinos
Con títulos peregrinos
Y pomposos: Armonías,
Inspiraciones, poesías,-
himnos o cantos andinos.
Sin duda me llamarás
El hombre de los paréntesis...
Detente, pluma, detente,
Que a comprometerme vas.
Iba a decir que dirás

Que yo divago en exceso:
Pues mira. Joaquín, en eso
Los dos nos asemejamos;
Pero ¿y qué? ¿acaso estamos
Perorando en el Congreso?

No obstante será razón
Llamarme yo mismo al orden,
Para que por fin se aborden
Los asuntos en cuestión.
Te diré en contestación
A tu carta remisoria
De aquel libro que es tu gloria,
Que ya adornaban desde antes
El volumen mis estantes,
Y los versos mi memoria.

Yo con religiosidad

Guardaré el libro precioso,
Que me ofreces cariñoso
Como prenda da amistad.
Mis nietos con vanidad,
Y vanidad bien fundada,
En son de fanfarronada
Dirán, mostrando el cuaderno:

“A nuestro abuelo paterno
Se lo dio el mismo Posada.
No fué malo el desenlace
Del asunto de le pasta
Del libro de “Versos,” y hasta
Te aseguro que me place.
Dicen que el hábito no hace
Al monje, y añadido yo:
“Ni el forro al libro,” y te dio
La falta de forro pata
Para hacer una posdata

Que vale toda un Chocó.
A la verdad, me sonrojo
De haberle metido a un verso
Cierta vocablo perverso
Porque no quedara cejo.
No lo hayas, no por enojo,
Que a mano otra voz no hallé,
Y si así no fuera, a fe
Que para que se me echara
Esa grosería en cara
Nunca hubiera dado pié.

Al cabo, burla burlando,
He contestado tu carta,
En versos, que no sin harta
Vergüenza mía te mando;
Mas cobro aliento pensando
Que ellos, al cabo y al fin,
Van dirigidos, Joaquín,
No a demostrarte el talento,
Sino el agradecimiento
De tu amigo
MARROQUÍN.

LOS CAZADORES Y LA PERILLA

Es flaca sobre manera
Toda humana, previsión,
Pues en mas de una ocasión
Sale lo quo no se espera.

Salió al campo una mañana
Un experto cazador,
El mas hábil y el mejor
Alumno que tuvo Diana.

Seguiale gran cuadrilla
De ejercitados monteros,
De ojeadores, ballesteros
Y de mozos de trailla:

Van todos apercebidos
Con las armas necesarias,
Y llevan de castas varias
Perros diestros y atrevidos,

Caballos de noble raza,
Cornetas de monte; en fin,
Cuanto exigen Moratin
Es su poema "La Caza."

Levantán pronto una pieza,
Un jabalí corpulento,
Que huye veloz, rabo a viento,
Y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
Tras la cerdosa alimaña;
Pero ella se da tal maña
Que a todos los aturrulla;

Y aunque gastan todo el día
En paradas, idas, vueltas,
Y carreras y revueltas,
Es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
Han visto de qué manera
Pudo burlarse la fiera
De los tales cazadores

Oigan lo que aconteció,
Y aunque es suceso que admira
No piensen, no, que es mentira,
Que lo cuenta quien lo vio.

Al pié de uno de los cerros
Que batieron aquel día,
Una viejilla vivía,
Que oyó ladrar a los perros;

Y con gana de saber
n qué paraba la fiesta
ba subiendo la cuesta,
A eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla.
Mas, sin pasar adelante,
Es preciso que un instante
Gastemos en describilla:

Perra de canes decana
Y entre perras protoperra,
Era tenida en su tierra
Por perra antediluviana;

Flaco era el animalejo,
El mas flaco de los canes,
Era el rastro, eran los manes
De un cuasi-semi-ex-gozquejo;

Sarnosa era..., digo mal,
No era una perra sarnosa,
Era una sarna perrosa
Y en figura de animal;
Era, otrosí, derrengada;
La derribaba un resuello:
Puede decirse que aquello
No era perra ni era nada.

A ver, pues, la batahola
La vieja al cerro subía,
De la perra en compañía,
Que era lo mismo que ir sola
Por donde iba, hizo la suerte
Que se hubiese el jabalí

Escondido, por sí así
Se libraba de la muerte;

Empero, sintiendo luego
Que por ahí andaba gente,
Tuvo por cosa prudente
Tomar las de Villadiego:
La vieja entónces al ver
Que escapaba por la loma,
Sus! dijo por pura broma,
Y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
Sombra de perra que fué,
De la cual se dijo que
No era perra ni era nada,
Aquella perrilla, sí,
Cosa es de volverse loco!
No pudo coger tampoco
Al maldito jabalí.

TU NOMBRE

(A mi amada)

Templan los vates para ti su lira;
Las hermosas envidian tu hermosura,
Y escoge por modelo la Pintura
Tu rostro encantador que al genio inspira.

Bella te nombra quien por ti suspira,
Y admirara tu angélica figura
Quien no te amara a ti, sí por ventura
Pudiera no adorarte quien te mira.

Yo reconozco tu belleza rara;
Pero también confesaré, señora,
Que aunque no fueras bella, te adorara;

Que lo que a mí me rinde y me enamora,
Lo que hallo mas perfecto que tu cara
Es tu nombre, dulcísima Melchora.

EL CERDO Y EL GORRIÓN

Fábula

Un gorrión simplecillo
Prendido entre las redes
Que ocultó entre las matas
Un cazador aleve,

Clamaba por auxilio
Mientras por desprenderse
Luchaba, aleteando
Desesperadamente.

Pasó por fin un puerco
Gruñendo, como suelen
Todos los animales
De la cerdosa especie;

Y oyendo aquellos ayes
Que a compasión le mueven,
Con hocico y pezuñas -
Despedazar pretende

Los nudos y los hilos
De las traidoras redes;
Pero, como el marrano
Tan poca maña tiene,

Según lo han observado
Naturalistas célebres,
Dejarle a otro la empresa
Contempla mas prudente

Y en un fangoso charco
Se zampa hasta el gollete.
Si al inocente mísero
Socorro dar pretendes,
Pretendes dar socorro
Al mísero inocente.

EPIGRAMA

Hizo un retrato RAMÓN

TORRES, como de su mano,
De un médico cirujano
De inmensa reputación

Se lo mostró a una beata,
Y ella en lugar de exclamar
“No le falta mas que hablar:
Lo que dijo fué: “ya mata!”

EN UN ÁLBUM.

¿ Quieres deje aquí pruebas
De mi buen gusto?
Pues aquí dejo escrito:
“Me gustas mucho”.

DIALOGO MONOSILÁBICO

Di, Luz, mi bien ¿ tu me das
Un no? ¿qué va a ser de mí?~
—Yo no'te doy un no Blas. ...
—Pues bien, mi Luz, y ¿ qué mas?
—Yo te doy, mi Blas, un sí.

LA VIDA DEL CAMPO

(A mí amigo el Señor Santiago Pérez.)

Oh! ¡cuántos que en ciudades populosas
Vida agitada y turbulenta pasan
Envidian la quietud de mi retiro
Y mí choza pajiza y solitaria

Ay amigo! quizás ignoran ellos
¡ Afortunado yo si lo ignoran!
Que las penas se albergan en las chozas
Como en ciudades y opulentas casas!

Quien no lleva consigo la ventura,
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuera de sí mismo

El bien supremo de la paz del alma.

Al pié de las colinas más hermosas
De todas las que ciñen la Sabana,
Que con los prados en verdor compiten
Y en la vistosa variedad y gala,

Y en paraje repuesto y escondido
Hice mi alegre y rústica morada
A sus pies se dilata una llanura
Que las mieses y flores engalanan

Los árboles robustos y frondosos
Dejan caer sus undulantes ramas
Sobre el techo pajizo de mi choza,
Y abrigo ofrecen y su sombra grata

Pájaros mil que entre su copa anidan
Me despiertan cantando a la mañana;
Y en su follaje, al declinar el día,
Suspiran melancólicas las auras.

Un arroyuelo rápido y sonoro
Desde la cumbre de la sierra baja
A ofrecerme sus aguas cristalinas,
Por un lecho de guijas y esmeraldas.

Mi esposa tierna, mi sin par esposa,
Disfrutando también bellezas tantas,
Vida les da y el seductor hechizo
Que, para mí, sin ella, a todo falta;

La esposa tierna, la sin par esposa,
A quien adora arrebatada el alma
Por quien conserva el corazón enteras
Las ilusiones de la edad pasada.

Por la mañana, cuando el sol la cumbre
Empieza a iluminar de las montañas,
Salto del lecho y en el campo aspiro
Frescas y vivas y fragantes auras.

La vista vuelta hacía el vecino prado,
Miro venir las mugidoras vacas
En busca de los tiernos becerrillos,
Que hambrientos las esperan y las llaman,

Ellas me brindan la sabrosa leche,
Que en los sonoros tarros ordeñada,

Forma ligeros copos de alba espuma,
Que crece y por los bordee se derrame.
Luego me llevan lejos las tareas
A que su vida el labrador consagra,

Y cuando acaban, al caer la tarde,
Me vuelvo a descansar en mi cabaña.
Al volver, me divisan desde lejos
Mis fieles perros que le choza guardan,

Y salen e mi encuentro cariñosos,
Y, en torno mío, alborozados saltan.
¡Cuánto al que tiene corazón sensible
Es grato, amigo, conocer que le aman,

Que, ausente, le recuerdan con cariño
Y que su vuelta con anhelo aguardan!
Salen también gozosos a mi encuentro
Mis tiernos hijos, prendas de mi alma,

El pecho a enajenar con sus caricias
Y sus amables e infantiles gracias.

Al recibir al sol que va a esconderse
Tiende el ocaso sus pomposas galas
De vivísimos tintes luminosos,
De rosa y oro y de zafiro y grana.

Y esa escena que pasma cada día
Cual si por vez primera se admirara,
Siempre sublime, pero nueva siempre.,
Al través la contemplo de las ramas.

En tan plácida hora mis ovejas,
Que pacían dispenses en la falda
De la sierra vecina, se reúnen
Y vienen al redil apresuradas.

Llega la noche al fin, ¡oh cuán hermosas!
Son las noches de luna en mi cabaña
¡Qué plácida tristeza comunica
Su lumbre a les campiñas solitarias.

¡Dichoso asilo, si perenne fuera
Tanta risueña amenidad y calma!
¡Dichoso yo si, esenta de inquietudes,
Siempre pudiera el anima gozarlas

Mas ¡ay! que muchas veces pavorosa
Sobreviene en la tarde la borrasca;
El ánimo conturba, y las campiñas
Despoja de atractivos y de galas.

En los cercanos montes y en los valles
Los desatados huracanes braman
Y arrastrar en su rápida carrera
Los árboles y chozas amenazan.

Sigue la noche lóbrega: en los campos
Reina siniestra y pavorosa calma,
Y solo turba el lúgubre silencio
El torrente que ruge en la cañada.

Así también mil veces en mi vida
Esenta de ambición y retirada,
Las negras inquietudes y zozobras
La calma de mi espíritu arrebatan.

Quien no lleve consigo la ventura,
Ora viva en palacio, ora en cabaña,
En vano busca fuere de sí mismo
El bien supremo de la paz del alma.

LA PERRILLA

Es flaca sobremanera
toda humana previsión,
pues en más de una ocasión
sale lo que no se espera.

Salió al campo una mañana
un experto cazador,
el más hábil y el mejor
alumno que tuvo Diana.

Seguíale gran cuadrilla

de ejercitados monteros,
de ojeadores, ballesteros
y de mozos de traílla.

Van todos apercebidos
con las armas necesarias,
y llevan de castas varias
perros diestros y atrevidos,

caballos de noble raza,
cornetas de monte, en fin,
cuanto exige Moratin
en su poema La Caza.

Levantán pronto una pieza,
un jabalí corpulento,
que huye veloz, rabo al viento,
y rompiendo la maleza.

Todos siguen con gran bulla
tras la cerdosa alimaña;
pero ella se da tal maña
que a todos los aturulla;

y aunque gastan todo el día
en paradas, idas, vueltas,
y carreras y revueltas,
es vana tanta porfía.

Ahora que los lectores
han visto de qué manera
pudo burlarse la fiera
de los tales cazadores,

oigan lo que aconteció,
y aunque es suceso que admira,
no piensen, no, que es mentira,
que lo cuenta quien lo vio,

Al pie de uno de los cerros
que batieron aquel día,
una viejilla vivía,
que oyó ladrar a los perros;

y con gana de saber
en qué paraba la fiesta,

iba subiendo la cuesta
a eso del anochecer.

Con ella iba una perrilla,
mas, sin pasar adelante,
es preciso que un instante
gastemos en describilla:

perra de canes decana
y entre perras protoperra,
era tenida en su tierra
por perra antediluviana;

flaco era el animalejo,
el más flaco de los canes,
era el rastro, eran los manes
de un cuasi-semi-ex-gozquejo;

sarnosa era, digo mal,
no era una perra sarnosa,
era una sarna perrosa,
y en figura de animal;

era, otrosí, derrengada;
la derribaba un resuello;
puede decirse que aquello
no era perra ni era nada.

A ver pues la batahola
la vieja al cerro subía,
de la perra en compañía,
que era lo mismo que ir sola.

Por donde iba, hizo la suerte
que se hubiese el jabalí
escondido, por si así
se libraba de la muerte.

Empero, sintiendo luego
que por ahí andaba gente,
tuvo por cosa prudente
tomar las de Villadiego.

La vieja entonces, al ver
que escapaba por la loma,
¡sus! dijo por pura broma,

y la perra echó a correr.

Y aquella perra extenuada,
sombra de perra que fue,
de la cual se dijo que
no era perra ni era nada,

aquella perrilla, sí,
cosa es de volverse loco,
no pudo coger tampoco
al maldito jabalí.

FIN